

La familia que puso a bailar a España en el desierto

► Juan Arnau representa la quinta generación de un clan empresarial dedicado al ocio. Acaba de publicar una novela con su historia

JAVIER VILLUENDAS
MADRID

Existen seres humanos maños (¿humanos?) que han visto la ofrenda de flores a la Virgen del Pilar por primera vez solo y cuando el autobús de la discoteca Florida 135, localizada en Fraga (Huesca), les devolvió, tras una noche de despendole techno, a la gran plaza zaragozana atestada de jotos. Juan Arnau estaba detrás del emblemático templo electrónico, hijo, nieto, tataranieto y padre de una saga familiar que es historia de la música de baile en España.

Primero, fue un café con fonógrafo. Luego, un salón de baile con orquesta. Llegó la célebre discoteca que reproduce un barrio del Bronx. Y, finalmente, el Festival Monegros en el erial homónimo. Siglo XX y XXI, Fraga marcando el paso. Y 'Bailar en el desierto' (Grijalbo), el libro en el que el propio Arnau narra esta aventura empresarial y familiar: «Te aseguro una cosa: en 100 años la gente seguirá bailando. Igual la gente hace excursiones a Marte y baila allí. No sé dónde bailarán, pero bailarán».

La novela comienza en 2013 con el autor viajando a Nueva York para vender a un fondo de inversión el Monegros Desert Festival por 3 millones de dólares. Su anciana madre, de 80 años, es el principal escollo por su lealtad al negocio sanguíneo de cinco generaciones y dos ramas de familias diferentes, de dos poblaciones, unos catalanes y otros aragoneses, unos de izquierdas y otros de derechas... 1.600 folios que abarcan desde 1870 hasta hoy.

De hecho, habrá una segunda parte (este libro alcanza 1970). Incluso un cómic. Incluso un guión de serie. «Imagínate en el 84 cuando fui a Nueva York a contratar música disco. O en Chicago y Detroit, con los negros, para ver el Tech Institute. Después los 90 en Berlín, en The Hacienda en Manchester, en las raves en los tiempos de la Margaret Thatcher corriendo por ahí con mi mujer. El descubrimiento de la electrónica lo he hecho en primera persona. Sin internet ni revistas ni móvil, que no era fácil llegar a los sitios. Cuando empezamos aquí con esto nadie sabía lo que era un DJ», explica el empresario.



Arriba, la Terraza Florida, en 1950; abajo, el festival Monegros en 2023 // EP

La curiosidad era su droga. «Nos cogíamos 15 días e íbamos a Mánchester o Múnich, a raves ilegales. Podría hacerse una novela negra porque hemos estado en chanchullos. Cuando fuimos a Detroit conocimos a Mike Banks, eso da para libro. O cuando fuimos al Tregor de Berlín y nos encontramos a Jeff Mills con Mohamed Yaled, su mánager, y nos llevaron a Bélgica y París. O cuando inauguraron el Ku en Ibiza y conocimos a todo tipo de personajes. O lo que pasó en el Warehouse de Chicago con Frankie Knuckles... Cuando pateas Europa y Estados Unidos te pasan cosas divertidas y no tan divertidas».

Café Josepet, 1873

Volvamos al principio. Fraga, siglo XIX. El joven Josep Satorres decide rebelarse contra su destino en el campo y se marcha a Madrid en diligencia, donde descubre una ciudad in-

somne de medio millón de habitantes con teatros, cafés, tabernas y espectáculos. Y decide replicar su sueño en su pueblo: «Lo que me gustaría es hacer bailar a la gente, entretenerla, hacerla feliz al menos unas horas», dice el tatarapatriarca al señor Bosch, dueño de la destilería de Anís del Mono. Así, el joven retorna a Fraga y monta el Café Josepet en 1873, que se topó con la Iglesia y con la 'perversión moral del baile' (las mujeres de Fraga no salían a tomar nada por ahí, era de frescas). Pese a ello, invirtió en brujería: compró un fonógrafo.

«A nosotros nos ha gustado ser pio-

«El descubrimiento de la música electrónica lo hice en primera persona. Cuando empezamos aquí nadie sabía lo que era un DJ»

neros siempre, hemos pecado de incomprensidos. Tuvimos suerte porque cuando empezamos con la electrónica teníamos otros negocios que financiaban los déficits del club. Después, nos arruinamos en los otros negocios y Florida empezó a ser rentable», relata Arnau.

Al Café Josepet comenzaron también a llegar los artistas (armando un gran revuelo en Fraga). Y luego reabrió como bar Victoria, ya en 1922. También fundaron el Cine Victoria y el Teatro Victoria, en la que se instaló una compañía de varietés, las Chicas de Lara: «No pasa nada por ser de pueblo. Lo malo es que fuéramos pueblerinos. A eso nos hemos negado. Mi padre, que era muy moderno, me decía que no debía permitir que viniera un cliente a decirte que ha visto algo en otro sitio que tú no conozcas o no hayas hecho aquí antes. A mí me gusta ser de Fraga, de pueblo, pero no ir con la boina».

Un año trajeron a Joaquín Sabina a Florida, año ochenta y pico. Y ese día un francés de Toulouse dejó un paquete de flyers, que ni sabían lo que eran. Aparecía un tal Laurent Garnier. Allí fueron. «Ya al entrar en la ciudad había policía, perros, redadas, gente con pelos de colores... Algo pasa y nos está marcando un futuro. Todo era ilegal a principios de los 90, no había casi ningún club programando electrónica en Europa. Íbamos a fiestas, nos daban planos, contraseñas... Los jóvenes eran diferentes a los que venían a Florida. En el 93, Maricruz, mi mujer, tras una rave en Liverpool, me dijo: 'Esto tenemos que hacerlo en Fraga'. Y le preguntamos a mi tía bisabuela, que tenía una finca. Nos dijo de todo. Tenía 90 años».

Pasodobles y electrónica

Muchas décadas antes, el antiguo salón Florida había visto actuar a estrellas como Antonio Machín o Xavier Cugat, instalaron a una orquesta residente, La River, que incorporó una pieza de Elvis para estupefacción de quienes preferían los pasodobles y vivieron, también, la dolorosa transición del fin de estas orquestas a los DJ.

La apertura de la discoteca Florida 135 y la creación del Monegros Desert Festival fue el penúltimo giro. «Empezamos al mismo tiempo que Sónar (Barcelona), en 1993. Hemos cumplido 30 años ambos. Nos gusta que la gente de la España vaciada tenga acceso a lo mismo que la gente de la ciudad. Y eso es Monegros», un evento con 50.000 personas en agosto en pleno desierto: «La gente interpretó bien lo de estar en un sitio inhóspito bailando ritmos electrónicos. Parece una contradicción, pero creo que en la contradicción está el éxito del mensaje y del producto».

Oye, ¿y por qué ese gusto por poner a bailar a la gente? «Porque no hay nadie que esté bailando y sea infeliz en ese momento». Ahora el negocio está en manos de sus hijos Juan y Cruz, que pasean su propia marca de baile Elrow por el mundo entero.